

Mamut

Esther García Llovet

Mamut

Esther García Llovet

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Para Andrés Fernández Rubio

Los bosques de plomo (1997)

Las dos de la tarde. Cuarenta grados. Las nubes siguen quietas, pesadas, cargadas de un barro tan denso que se han encendido las farolas en la autopista y los cuatro focos en las esquinas de la prisión, puro hormigón y cemento. Un cuadrilátero de boxeo olvidado en el desierto de cal.

Han pasado más de tres horas. Junot continúa apoyado contra el techo del coche, fumando un camel tras otro comprados sueltos al hombre del chrysler que vende cigarrillos, papas, latas de cerveza y cecina frita que saca del maletero recalentado por la humedad. No hay nadie más. Sólo este hombre del chrysler y un viejo coche patrulla dando vueltas al recinto carcelario, despacio, con las ruedas medio vacías, y un mendigo vestido con una levita de lana subido a una caja de reparto recitando a voz en grito, el cuello rojo.

—¡Seis años! ¡Cinco meses! ¡Y tres días!

De vez en cuando suena el eco de un balón en la cancha tras los muros y las voces de los presos jugando al baloncesto, las voces lejanas, los gritos lejanos.

Esther García Llovet

De Toro no hay el menor rastro.

Junot mira la hora por última vez. Las dos y diez. Arroja el cigarrillo al suelo de grava y se dirige a la entrada de la prisión rayada de grafitis y números de teléfono y caricaturas feas: «mueran las brigitas», «Pasco es un sastre», «putos». La entrada es una gruesa plancha de acero iluminada por un halógeno que parpadea en azul con un zumbido intermitente. La puerta se abre con un chasquido.

—¡Seis años! ¡Cinco meses! ¡Y tres días!

La cámara de seguridad gira lentamente hacia Junot.

La puerta se cierra con otro chasquido.

Al otro lado hay una sala cuadrada de baldosas rotas hasta el techo donde cuelgan tres bombillas mal ahorcadas y un monitor de vigilancia. Junot entra y se tropieza con un preso, un presidiario flaco, con un mono naranja, acucillado junto a una mopa de fregar que se está liando un cigarro sin quitarle el ojo a una mujer sentada en una sala contigua, vestida toda de negro frente a un túper donde va apilando filetes, uno encima de otro. Una torre de carne.

El preso mira a Junot de arriba abajo. Se tira de un extremo del bigote.

—Identificación.

El guardia tras la ventanilla de seguridad es un mulato de casi dos metros sentado en el borde de una banqueta,

de grandes antebrazos reventando las mangas cortas, rapado en zigzag, con un crucifijo de oro al cuello del tamaño de una pistola de reglamento. Está conversando con alguien a su izquierda que Junot no alcanza a ver.

—Identificación —repite el guardia.

Junot saca su tarjeta de identidad. La deja bajo la rejilla de la ventana, un vidrio de varios centímetros de espesor con un interfono por el que se filtra la voz del guardia como si se encontrara a cientos de kilómetros de ahí. El guardia acerca la boca al interfono.

—¿Qué le trae por aquí?

—Vengo a recoger a un amigo que salía hoy a las once. Un preso —se corrige—. Gabriel Toro.

—¿Gabriel Toro? —el guardia alza las cejas—. Gabriel Toro.

El guardia pregunta algo a la persona que se encuentra a su izquierda y asiente despacio. Está muy aburrido. Luego hace girar el asiento de la banqueta con un lento movimiento de cintura como si sólo supiera pensar con la parte baja del cuerpo.

—Toro salió hace un mes —dice entre dientes; su respiración es nasal, muy espesa, de pulmón pesado.

—¿Hace un mes?

El guardia chasquea la lengua y se tira del pendiente de brillante que atraviesa su oreja. Su pendiente es igual al del desplegable de la conejita de Noviembre pegado en

Esther García Llovet

la pared a su espalda, sólo que colocado en un sitio diferente.

—Tiene que haber un error.

El preso de la mopa se echa a reír de pronto, mecánicamente, dispuesto a no parar de hacerlo.

—El único error es que gente como su amigo el Toro esté en la calle y yo siga aquí dentro friéndome los sesos.

—Hace un mes.

—¿De qué lo conocía? ¿Familiar?

Junot hace un gesto con la cabeza hacia atrás, hacia el pasado.

—Del trabajo.

—Ya.

El guardia sigue girando despacio su pendiente mientras mira fijamente algo a sus pies. Tararea algo. Una puerta se abre en alguna parte, lejos, y suena la voz del locutor de un programa de apuestas deportivas hasta que la puerta vuelve a cerrarse. El guardia levanta la vista como si hubiera recordado lo que andaba buscando.

—Se dejó sus cosas, Toro. Nadie ha venido a recogerlas. Se las puede llevar si quiere. Aquí —dice señalando el suelo con el índice, un suelo desgastado por sus grandes botas planas— sobran.

Antes de que Junot pueda hacer ningún comentario el guardia abre una puerta y desaparece caminando con las rodillas juntas, arrastrando los pies.

Junot se queda de pie en el pasillo. El preso de la mopa ya no está, ha desaparecido, pero la mujer sigue sentada en la pequeña sala de espera. Amontonando filetes con las manos manicuradas, aplastándolos un poco con la palma. Lleva gafas de sol. Es difícil saber lo que está mirando. Junot busca la rejilla de aire acondicionado y se coloca debajo. Respira con fuerza. La refrigeración es tan fuerte ahí que el sudor se le seca al instante sobre el cuerpo formando una película de sal en la espalda.

—Eh.

La puerta al otro lado de la sala se ha abierto y el guardia del pendiente le hace un gesto con la mano para que se acerque. Junot atraviesa la puerta y un viejo detector de metales que probablemente no funcione y entra en una sala de cemento pintada de verde hasta media altura, verde quirófano, iluminada con tubos de luz muy blanca. En un banco está el preso de antes, tumbado boca arriba. Con un pie en el suelo y el otro sobre el asiento, leyendo una revista para adolescentes. En cuanto ve a Junot empieza a mordisquearse los bigotes sin apartar la vista de él, achinando los ojos. Ahora se oye claramente al locutor de apuestas, las voces más cercanas de los presos y los pasos rápidos de alguien corriendo sobre cemento.

—Por aquí.

El guardia saca unas llaves y abre otra puerta dejando paso a Junot a un pequeño jardín de falso césped, con

Esther García Llovet

grandes flores de plástico moradas enredadas entre cables y tuberías. El jardín está cercado con una alambrada de acero. Diez metros más allá hay otra alambrada, más alta y con remate de púas, rodeando el perímetro del patio de la prisión. Entremedias: nada.

—Espere un minuto.

Los presos están jugando al baloncesto con un balón de caucho negro, descalzos, las uñas de los pies gruesas y opacas como las de los caballos. El balón rebota demasiado, es pequeño, y tienen que correr sin parar, sin parar, sin parar.

—¡Penitencia!

De pie sobre los bancos un estrecho grupo de presos lee la Biblia en voz alta. Tiene la vista clavada en un punto en el cielo negro que señala un mulato menudo con un Cristo tatuado el pecho que grita juramentos entre versículo y versículo.

—¡La vida! ¡Los muertos! ¡Y la penitencia!

Junot enciende un cigarrillo.

En la esquina más apartada dos hombres hacen pesas con mancuernas PowerBlock al ritmo de una bachata que suena por megafonía, un ritmo denso como el olor a bronceador de coco que espesa aún más el aire de algodón.

—¡Junot!

Un preso levanta la mano y Junot le devuelve el saludo.

Es un hombre de unos setenta años con un ojo morado y una tirita en la ceja que está afeitando la espalda a otro con una vieja maquinilla, la piel muy morena, como pan tostado. Junot le devuelve el saludo al viejo, otra vez, lo conoce de toda la vida. Le enseñó el truco de la bombilla rota. Se acerca a la verja para preguntarle por Toro, pero en ese momento el guardia aparece de nuevo en la puerta con una bolsa bajo el brazo.

—Apártese de ahí —murmura el guardia—. Muévase si no quiere achicharrarse vivo.

En la sala de espera el preso sigue en la misma postura, una mano bajo la nuca, leyendo su revista *Quince* con las hojas alabeadas por la humedad.

—Éste se lleva las cosas de Gabriel Toro —le dice el guardia al preso señalando a Junot con la barbilla.

El hombre sigue mascando las puntas del bigote. Es muy delgado. Con el pelo largo y liso. Un pelo de anuncio.

—Mire —dice el guardia poniendo la mano sobre la bolsa de plástico arrugada; es una bolsa de Farmacias Colón, cerrada con cuatro grapas—. Esto es lo que se dejó su amigo. Firme aquí y es suyo.

—Te doy mil pavos por la bolsa —dice el preso sin apenas mover los labios, como un ventrílocuo.

—Largo de ahí —gruñe el guardia.

El hombre no se inmuta. Tampoco cambia de postura.

Esther García Llovet

Se limita a guiñarle un ojo a Junot cuando sale por la puerta con la bolsa en la mano. Luego le dice algo al guardia en voz muy baja, algo que Junot no alcanza a oír.

Afuera, el mendigo sigue cantando, el cuello puras cuerdas, agarrándose las piernas por los tobillos. Preparándose para el vuelo:

—¡Seis años! ¡Cinco meses! ¡Y tres días!

Las nubes parecen aún más sucias, viejas, rotas. Ropa usada.

Antes de que Junot llegue al coche empieza a llover con fuerza, con peso, con un estruendo, un ruido ensordecedor como si fuera el fin del mundo para siempre.